

## *Ana Rosa Suárez Argüello*

Doctora en Historia por la UNAM. Actualmente es profesora-investigadora de tiempo completo en el Instituto Mora e imparte los cursos de Historia de los Estados Unidos y México en el Siglo XIX en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es autora de diversos artículos, capítulos y reseñas. Ha coordinado y colaborado en varias obras colectivas. Es autora de *Un duque norteamericano para Sonora* (1990), *De Maine a México: La misión diplomática de Nathán Clifford (1848-1849)* (1994) y *La batalla por Tehuantepec. El peso de los intereses privados en la relación México-Estados Unidos, 1848-1854* (2003). Tiene un libro de cuentos históricos titulado *Con el calendario hacia atrás* (2002). Ha recibido los premios Francisco Javier Clavijero (1994) y Genaro Estrada (2001).

### Resumen

Se presenta una entrevista concedida por Antonio López de Santa Anna, exiliado desde 1855, y realizada por "Amigo", un corresponsal de *The New York Herald*, quien iba de paso por Turbaco, la población de Nueva Granada donde aquél residía. La entrevista permite entrever la vida que llevaba el ex dictador, las relaciones que tenía con sus vecinos, así como su visión

del pasado y de los acontecimientos contemporáneos. A través de la presentación y las notas, se analizan las respuestas del ex dictador de México, dando el peso que corresponde al encuentro dentro del contexto del periodismo estadounidense y del momento neogranadino que le tocaba presenciar.

### Palabras clave:

Antonio López de Santa Anna, *The New York Herald*, Nueva Granada, prensa, exilio.

Fecha de recepción:  
enero de 2006

Fecha de aceptación:  
abril de 2006

# Santa Anna in Turbaco in 1856

*Ana Rosa Suárez Argüello*

Ph.D. in History from UNAM. Currently a full-time professor at the Instituto Mora, she also teaches 19<sup>th</sup> Century History of the United States and Mexico at the UNAM Humanities Faculty. Author of various articles, chapters and summaries. Has coordinated and collaborated in various collective works. Author of *Un duque norteamericano para Sonora* (1990), *De Maine a México: La misión diplomática de Nathan Clifford (1848-1849)* (1994) and *La batalla por Tebuntepec. El peso de los intereses privados en la relación México-Estados Unidos, 1848-1854* (2003). Has written a book of historical short stories called *Con el calendario hacia atrás* (2002). Has been awarded the Francisco Javier Clavijero (1994) and Genaro Estrada (2001) prizes.

## Abstract

Description of an interview with Antonio López de Santa Anna, exiled since 1855, by "Amigo", a *New York Herald Correspondent* who was on his way through Turbaco, the town in Nueva Granada where Santa Anna lived. The interview shows the type of life led by the former dictator, the relations he had with his neighbors and his

view of the past and contemporary events. The foreword and notes analyze the answers of the former Mexican dictator, giving the meeting the weight it deserves within the context of US journalism and a specific period in the history of Nueva Granada he witnessed.

## Key words:

Antonio López de Santa Anna, *The New York Herald Press*, Nueva Granada, exile.

Final submission:      Acceptance:  
January 2006              April 2006

## Santa Anna en Turbaco en 1856

Ana Rosa Suárez Argüello

### PRESENTACIÓN

Cuando “Amigo” se enteró de que el general Antonio López de Santa Anna se había establecido en Turbaco, a dos horas de Cartagena, Nueva Granada, decidió sacar partido de su viaje a Bogotá y detenerse en aquella población para hacerle una entrevista. “Amigo” debía tener la convicción de que su editor tendría interés en este material, por lo cual no dudó en visitar al ex hombre fuerte de México y departir un rato con él. Aun cuando desconocemos la identidad del periodista, que recurría a un seudónimo como era usual en la prensa de la época, es claro —por su proceder durante la reunión y por el escrito publicado— que en su persona reunía las peculiaridades que Guillermo Prieto atribuyó, unos años después, a los reporteros estadounidenses en general. Cada uno, dijo:

Es un ser curioso y acomodaticio, sagaz como la zorra, escurridizo como el viento, movable como el azogue [...] rastrea como el perdiguero, se lanza sobre el rumor, el chisme o la noticia con la avidez del gavilán sobre su presa, y salta del duelo al baile, del baile al teatro, o a la tertulia literaria, o al banquete, o a las carreras de caballos, o a la riña de la calle, con sorprendente facilidad.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Prieto, *Crónicas*, 1993, p. 54.

“Oliendo”, pues, una buena noticia, “Amigo” se presentó en la Casa de Tejas, donde residía el ex dictador y, sin libreta ni cuaderno para hacer anotaciones, ya que lo esencial en el ejercicio periodístico de entonces era la memoria, puso gran atención, no sólo a las respuestas que recibían sus preguntas, sino también a la casa, los entornos, la persona y las expresiones de aquél con quien hablaba. Más tarde, de hecho tres días después, el corresponsal intentó reproducir por escrito, casi palabra por palabra, la mayor parte de lo que había visto, oído y dicho, pulió la redacción y la remitió a Nueva York o, tal vez, la llevó consigo al regresar a su país y la entregó por sí mismo.<sup>2</sup>

“Amigo” no se equivocó en cuanto al interés por el material de su editor, James Gordon Bennett, pues se publicó en el *Herald* escasamente unas semanas después: el 14 de febrero de 1856. Esto permite vislumbrar cómo, en ese momento, el ex dictador mexicano atraía los titulares de la prensa, no sólo en su país, sino en los más ligados a éste. La entrevista tendría una difusión que ni el mismo Santa Anna pudo figurarse: el connotado diario neo-

<sup>2</sup> Sobre la manera de hacer entrevistas y preparar el material correspondiente para su edición, nos guiamos por la excelente descripción hecha por Stoker, *Drácula*, 2003, p. 350, en 1897.

yorquino, reconocido por su independencia política y su gusto por los escándalos, llegaba a un público muy extenso. Lo permitía su bajísimo precio —un centavo— y el hecho de que no desdenaba ninguna transformación: fue el primer periódico estadounidense en valerse largamente del telégrafo; incluir otro tipo de noticias —las finanzas y Wall Street, por ejemplo—; mandar corresponsales al exterior y añadir ilustraciones a los artículos de noticias.<sup>3</sup> Por lo demás, ya desde el inicio (1835) Bennett se propuso llegar a “las grandes masas de la comunidad —el comerciante, el mecánico, los trabajadores—, la familia privada al igual que el hotel público —el jornalero y su patrón—, el empleado y su jefe”. Tuvo éxito, tan sólo en el primer año la circulación del diario alcanzó más de 15 000 ejemplares y siguió aumentando;<sup>4</sup> su influencia llegaba lejos, ya que, sobre todo en las áreas rurales, cada copia servía a varios lectores.<sup>5</sup>

Hay que decir, por lo demás, que no era raro que don Antonio llamara la atención. Apenas un año antes, muchos mexicanos se postraban ante él y le aplaudían como a su alteza serenísima. Sin embargo, los abusos y las dificultades habían ido agotando su mandato. Mientras él inventaba impuestos y proscribía o confinaba a los disidentes, la revolución, proclamada por el Plan de Ayutla en marzo de 1854, fue ganando seguidores y, por más esfuer-

zos que hizo, el general presidente no consiguió derrotarla. En agosto de 1855, el triunfo de los “facciosos”, guiados por los militares Juan Álvarez e Ignacio Comonfort, era un hecho. El día 9, Santa Anna huyó de la capital por la noche, rumbo al puerto de Veracruz, concediendo el triunfo al enemigo. El 12, en Perote, manifestó que dejaba México y la mañana del 17 partió hacia La Habana, en el vapor El Guerrero. Iniciaba de tal manera su tercera proscripción, que sería la última y la más larga. Unas semanas después, en septiembre, zarpó para el puerto de Cartagena, para de allí, luego de recorrer, rumbo al sur, cuatro leguas (unos 20 kilómetros), llegar por fin a Turbaco.<sup>6</sup>

Volvía al país y a la población que lo albergaron y atendieron tan bien unos años antes (de 1850 a 1853). ¿Por qué regresaba en un periodo de creciente hegemonía liberal, en el que los debates y los partidos políticos en el exilio eran tan similares a los que había dejado en la patria y, de hecho, lo sacaron de ella?<sup>7</sup> A la fecha, falta información para saberlo; podríamos elucubrar que, acaso, porque el territorio que tomó como residencia le evocaba a su natal Veracruz o porque allí tenía posibilidades de hacer inversiones y de hablar español. Tal parece que él estuvo al margen de los cambios que, en un sentido liberal, estaban ocurriendo en Nueva Granada, como ocurría en otros lugares de Hispanoamérica. Un hecho es, por lo demás, que volvía a su casa, la Casa de Tejas, también conocida como Palacio de Turbaco, y los seres humanos, lejos de la patria y sobre

<sup>3</sup> Lee, *History*, 1923, pp. 193-200, 274.

<sup>4</sup> Citado en *ibid.*, p. 195. Véase “Bennett, James Gordon, 1795-1872, American Newspaper Publisher”, en *The Columbia Encyclopedia*, Columbia University Press, Nueva York, 2001-2005, en línea <<http://www.bartleby.com/65>>.

<sup>5</sup> Cohen, *Cambridge*, 2000, vol. 16, parte 1, núm. xxii-20.

<sup>6</sup> Díaz, *Caudillos*, 1972, pp. 274-276, 305; Fuentes, *Santa Anna*, 1956, pp. 331-334; López de Santa Anna, *Historia*, 1905, p. 116.

<sup>7</sup> *Nueva*, 1989, vol. 2, pp. 162 y ss.

todo en el exilio, buscan lugares afines y gratos.

El vecindario, que guardaba un buen recuerdo de él y su estancia anterior, lo recibió con agrado:

El cura párroco a pie y mojado por la lluvia que había caído asomó el primero, seguido de una multitud que me saludaba entusiasmada; la música del pueblo llenaba el aire con sus sonatas, y al apearme del caballo disputábase la preferencia de abrazarme.<sup>8</sup>

Santa Anna procuró no estar ocioso. Destinó sus tierras a la agricultura y la cría de ganado.<sup>9</sup> Inició el dictado de sus memorias. Aun cuando en éstas existen disparates, mentiras y tergiversaciones del pasado nacional y se enaltecen las acciones pasadas del autor, también permiten advertir cuál era su visión de sí mismo y el papel que confería a algunos de sus enemigos, entre otros, a Juan Álvarez, el “revoltoso” que dirigió el movimiento que lo expulsó del poder.<sup>10</sup>

Además de criar gallos para divertirse con su juego favorito, el ex presidente de México se ocupó de sus vecinos. Les prestó dinero, como hacen constar los protocolos notariales que se pueden consultar en la ciudad de Cartagena. Algo interesante es que, al parecer, su intención era nada más filantrópica; en casi todos ellos, la parte beneficiada hace constar que el acreedor procedía por “hacerme el favor y buena obra”, sin obtener utilidad alguna.<sup>11</sup> También fue dadivoso con quienes precisaban socorro para resolver sus penurias y mejo-

rar sus condiciones de vida. Con su colaboración, casas más cómodas comenzaron a sustituir a las chozas miserables y a llenar los terrenos baldíos y se reedificaron el curato y la iglesia parroquial, con sus altares y ornamentos. Ayudó en la edificación de un cementerio. También impulsó el cultivo del azúcar y el tabaco y la cría de ganado entre los villanos de Turbaco.<sup>12</sup>

Otro de sus intereses fue desarrollar los transportes y las comunicaciones de los alrededores. El entrevistador del *The New York Herald* reconoce su tentativa de construir un camino de peaje que uniera Turbaco con Cartagena, si bien señala también cómo algunos de sus compatriotas hacían ya surcar barcos de vapor por el río Magdalena, pieza principal del sistema fluvial neogranadino.<sup>13</sup> En efecto, unos cuantos inversionistas estadounidenses, cuya visión de los negocios era de más osadía que la de las generalidades en su país, más atraídas aún por la posesión de la tierra, se aventuraban por América del Sur, persuadidos de que tenían el destino de tener un papel clave en el desarrollo del continente entero.<sup>14</sup> Habían sacado partido del apoyo que, durante su periodo presidencial de 1845 a 1849, el general Tomás Cipriano Mosquera dio a la formación de dos compañías de navegación por ese río: la Nacional de Santa Marta y la de Carta-

<sup>8</sup> López de Santa Anna, *Historia*, 1905, p. 124.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 124, 129.

<sup>10</sup> Véase *infra*, nota 31.

<sup>11</sup> Díaz, *Caudillos*, 1972, p. 306.

<sup>12</sup> Manuel Tejada y otros a Antonio López de Santa Anna, Turbaco, Nueva Granada, 10 de febrero de 1858 en López de Santa Anna, *Historia*, 1905, pp. 127-128.

<sup>13</sup> *Nueva*, 1989, vol. 2, p. 74.

<sup>14</sup> Thomas O'Brien, “Making, the Americas: U. S. Business People and Latin Americans from the Age of Revolutions to the Era of Globalization” en <<http://www.history-compass.com/section-asp?section=6>>.

gena, ambas con capital nacional, aunque reforzadas con capital extranjero.<sup>15</sup>

Aunque en este último terreno Santa Anna no tuvo éxito, su tesón le ganó el afecto y la gratitud de los vecinos, quienes, cuando se enteraron de que se iba a marchar, le rogaron, como a "su padre y bienhechor", que no lo hiciera. Sin embargo, los vientos de fronda que venían soplando sobre la república de Nueva Granada aumentaron hacia 1858, cuando se aprobó una nueva constitución: liberal, federativa, anticlesiástica. El general Mosquera intranquilizaba además al país. Santa Anna, quien, como veremos en la entrevista, no parecía gozar de las simpatías de ese militar, temió ser perjudicado y prefirió alejarse. El 9 de marzo emprendería el viaje a la colonia inglesa de Saint Thomas, en el Caribe; tenía la intención de volver cuando fuera prudente. No sucedió así, el temor de los vecinos de Turbaco de que no regresara acabaría por justificarse.<sup>16</sup>

<sup>15</sup> Melo, *Gran*, 1991-1994, vol. 10.

<sup>16</sup> Manuel Tejada y otros a Antonio López de Santa Anna, Turbaco, Nueva Granada, 10 de febrero de 1858 en López de Santa Anna, *Historia*, 1905, pp. 126-132; Díaz, *Caudillos*, 1972, p. 307, y *Nueva*, 1989, vol. 2, p. 165. Si bien conservó la Casa de Tejas

La importancia historiográfica de la entrevista que presentamos a continuación se halla no sólo en que plantea algunas de las ideas que el ex dictador mexicano había ido desarrollando a lo largo del tiempo, y nos deja asomar a la etapa menos conocida de su biografía: la de la derrota y el exilio últimos, sino en que permite resaltar la importancia de estudiar la prensa de otros países para ampliar los datos existentes sobre el nuestro y afinar las interpretaciones que se han hecho sobre diversos temas de nuestro pasado nacional e internacional. Ahora bien, no basta con usufructuar la prensa como fuente de información, lo cual ya de por sí resulta importante y sí se hace; es indispensable estudiarla en sí misma y hoy, gracias a las novedades técnico-metodológicas disponibles, se facilita llevarlo a cabo y obtener buenos resultados, cada día más.

hasta 1870, cuando la vendió por 1 000 pesos a través de un apoderado, en Turbaco se dice que el general Mosquera la confiscó y dio la orden de estrangular todos sus gallos. Díaz, *Caudillos*, 1972, p. 307, y Marco Antonio Campos, "El filántropo Santa Anna en Turbaco", *La Jornada Semanal*, domingo 3 de abril de 2005, núm. 526.

*The New York Herald*, 14 de febrero de 1856.

## INTERESANTE ENTREVISTA CON SANTA ANNA<sup>17</sup>

### Nuestra correspondencia de Nueva Granada

Viaje de Cartagena a Turbaco, en ruta hacia Bogotá. Visita a Santa Anna. La casa donde vive. Aspecto del ex dictador. Su perspectiva de la guerra europea. Lo que piensa de Estados Unidos. Abandono de la vida privada, etcétera.

Como suele suceder al visitar un país español, el día 8 por la tarde nos sentimos decepcionados por no conseguir caballos para salir de Cartagena; pero llegaron durante la noche, y antes de que el día amaneciera, ya estábamos montados. Nuestro equipaje fue también colocado a lomo de caballos y de asnos; y como algunos amigos nos acompañaron a lo largo de varias leguas, la cabalgata que salió de la antigua ciudad de Cartagena más bien parecía la compañía Canterbury de Chaucer traducida al español. Vamos con destino a Bogotá, la capital de Nueva Granada, y nuestra compañía está formada por el general Mosquera —de quien ya he hablado—,<sup>18</sup> dos diputados del Congreso de la provin-

cia, un médico, un joven que regresa de un viaje por Europa, este humilde servidor y los sirvientes de varias otras personas, además del número usual de cargadores y conductores de bestias. Incluyendo amigos y sirvientes, no éramos menos de 50 jinetes en el grupo y, mientras cruzábamos la ciudad y se iban reuniendo quienes estaban en los puntos de salida, los conocidos de cada uno sacudían pañuelos y de los balcones vecinos nos iban coreando diversas voces de “adiós”. Entre los animales iba uno cuya carga atraía la atención de quien no está habituado a ello: dos cajas fuertemente clavadas que transportaban 4 000 dólares y eran remitidas a alguien en Bogotá.

Un paseo agradable de dos horas nos condujo a Turbaco, donde nuestros amigos, que debían regresar, habían ordenado un suculento desayuno de despedida. Este pueblo, a cuatro leguas de Cartagena, es la actual residencia del general Santa Anna, ex dictador de México.<sup>19</sup> Después de hacer

<sup>17</sup> Traducción de Claudia Suárez Medina. Las notas que siguen a continuación son de Ana Rosa Suárez Argüello.

<sup>18</sup> El general Tomás Cipriano de Mosquera pertenecía a una familia importante de Nueva Granada, que estuvo en el centro del poder en varias ocasiones. Él fue presidente de la república de 1845 a 1849 y, en cuanto a ideas políticas, se identificaba con los liberales moderados. En ese entonces tenía unos 57 años de edad y ocupaba una curul en el poder legislativo. *Nueva*, 1989, vol. 2, pp. 158-159, 162-165, y Melo, *Gran*, 1991-1994, vol. 10.

<sup>19</sup> Santa Anna se había establecido en este lugar a principios de 1850, procedente de la isla de Jamaica, entonces colonia inglesa, a donde se había embarcado en marzo de 1848, después de la derrota de México en la guerra contra Estados Unidos. Se sentía ahído y también desencantado de la vida pública, dispuesto a quedarse en Turbaco por el resto de sus días. No fue así, pero allí completó su segundo exilio. Llamado más tarde por el partido conservador, mediante una comisión encabezada por el coronel Manuel María Escobar, aceptó volver a México, a donde llegó en

los convenientes honores a los preparativos dispuestos por nuestros amigos y para los cuales la cabalgata nos había despertado un enorme apetito, alrededor de unos doce de nosotros encendimos nuestros cigarros y procedimos a visitar al hombre que ha desempeñado un papel tan notable en los asuntos de México. Su casa es un gran edificio de piedra de una sola planta, al viejo estilo español, con columnas, entrada para carruajes y jardines. Su aspecto resulta muy agradable en el medio de las casas, pobreramente techadas de paja, de la gente cerca de la cual vive.<sup>20</sup>

Se condujo al gran recibidor, que ocupa casi todo el frente de la casa, y se informó al general de nuestra llegada. Las paredes aparecían cubiertas con un elegante tapiz francés de dibujos dorados en fondo azul y orillas color carmesí, aproximadamente cinco pies a partir del piso [1.50 metros], y el espacio en blanco res-

---

abril de 1853, iniciando una dictadura personalista que duró hasta agosto de 1855. Díaz, *Caudillos*, 1972, pp. 215-216, 242, y López de Santa Anna, *Historia*, 1905, pp. 96-116.

<sup>20</sup> Se trataba de la arriba señalada Casa de Tejas, que Santa Anna hizo construir por entonces, y a la que se nombró de esa manera por haber sido techada con la teja española de barro colorado. Se cuenta que, en una de las habitaciones, existía un subterráneo, acaso para desaparecer y salir a campo libre en caso de ser alcanzado por sus enemigos. Al exiliado mexicano lo enorgullecía la mansión, al punto que la llamó "su Palacio de Turbaco". Díaz, *Caudillos*, 1972, pp. 216-217. Una placa puesta en el año 2002, junto a la puerta de la alcaldía de Turbaco, frente a la plaza mayor, dice hoy: "En esta casa vivió Antonio López de Santa Anna". En la población se dice también que en el cementerio local descansa una tataranieta del ex dictador, descendiente de su hijo Ángel, de nombre Luisa Elvira Espinosa Marrugo. Marco Antonio Campos, "El filántropo Santa Anna en Turbaco", *La Jornada Semanal*, domingo 3 de abril de 2005, núm. 526.

tante se hallaba adornado con varias estampas francesas a color, enmarcadas de forma sencilla. Un piano de palo de rosa permanecía abierto, con algunas partituras sueltas encima; dos o tres sofás y una docena de butacas de caoba y bejuco estaban situadas alrededor; y más allá del medio de la habitación, entre las dos grandes puertas, una que abría hacia la calle y la otra hacia un patio cubierto con césped, se hallaban alineadas, mirándose de frente, dos hileras de sillones y mecedoras, con una mesa de mármol en el centro, adornada con un florero. El conjunto tenía un aspecto sencillo y de comodidad tropical que resultaba muy agradable.

El ex dictador apareció casi de inmediato. Yo lo había conocido hacía diez años, en La Habana,<sup>21</sup> y esperaba encontrarlo muy cambiado; pero si existía alguna variación, era para bien. Tenía el aspecto de un hombre bien conservado de 50 años, de aproximadamente cinco pies con diez u once pulgadas de estatura [1.79 metros], ancho, robusto y erguido. Sus ojos son oscuros y las cejas prominentes dan a éstos un aspecto hundido, haciendo que el color cambie con las variaciones de luz. Su tez es de color oliva, no lleva patillas ni bigote y, con excepción de unas cuantas "patas

<sup>21</sup> Sucedió durante su primer exilio, después de que la revuelta iniciada por el general Mariano Paredes y Arrillaga derrocara a su gobierno y el Congreso lo mantuviese preso en el castillo de Perote durante cuatro meses, hasta que se decretó su destierro. Salí del país por el puerto de Veracruz el 3 de junio de 1845, rumbo a Cuba, y allí fijó su residencia hasta el 16 de agosto de 1846, cuando retornó para ocupar de nuevo el poder ejecutivo y dirigir la defensa nacional ante el avance de las tropas estadounidenses. Costeloe, *República*, 2000, pp. 321-332; Díaz, *Caudillos*, 1972, pp. 178-179, 194-195, y López de Santa Anna, *Historia*, 1905, pp. 53-59.

de gallo” en las esquinas de los ojos, no se observan arrugas en su cara o en su frente. Su pelo es de un color gris claro, pero me dicen que utiliza un tinte. Entró despacio en la habitación, caminando con cierto problema e irregularidad, valiéndose de un bastón.<sup>22</sup> Su ropa era un pantalón a cuadros pequeños con un fondo café, propio de un simple caballero del sur,<sup>23</sup> un chaleco ligero y un saco café, con pañuelo al cuello y botas finas. El único adorno era un alfiler de grandes diamantes en el pecho. Por las referencias a fechas que dio durante la conversación, calculé su edad en 59, y al preguntársela, respondió que su cumpleaños era el 21 de febrero.<sup>24</sup>

Nos recibíó con toda la solemne cortesía de un hidalgo español de la vieja escuela, saludando y ofreciendo la mano a todos, y luego nos invitó a sentar. Su conversación se dirigió sobre todo al general Mosquera, quien escuchó con atención y cortesía, aunque disentía abierta y frecuentemente, afirmando que él era un demócrata cabal, en los principios y en la práctica, y parecía expresar sus sentimientos con gran franqueza. Como le hablé en español, y le mencioné el hecho de haberlo conocido en La Habana, es probable que se equivocara al tomarme por cubano.

<sup>22</sup> El periodista describe así el andar inseguro de Santa Anna, quien cojeaba al caminar con la prótesis de madera que reemplazaba a su pierna izquierda, herida de tal forma por una descarga de metralla que los médicos se vieron precisados a amputársela. Aconteció durante la guerra contra Francia de 1838, mejor conocida como guerra de los Pasteles. Díaz, *Caudillos*, 1972, p. 144.

<sup>23</sup> “Amigo” alude a los estados esclavistas de Estados Unidos.

<sup>24</sup> Santa Anna iba a cumplir 62 años en unos cuantos días, había nacido el año de 1794. González, *País*, 1993, p. 7.

Después se me informó que, al enterarse de que mi nacionalidad era la americana, dijo lamentar la forma tan abierta en que habló sobre los Estados Unidos. Dado que sólo exteriorizó los sentimientos políticos que ha exhibido ante el mundo a lo largo de toda su carrera pública, yo carecía de motivos para ofenderme, y no creo faltar a las reglas de la caballerosidad si presento a sus lectores un breve bosquejo de las observaciones que hizo.

Su primera pregunta, una vez agotada la etapa superficial de la conversación, se refirió a las noticias de Europa, afirmando que las esperanzas presentes de paz eran falaces. Habló de los contendientes con, a mi parecer, buen juicio, observando que Rusia no sentía en sus recursos el peso de la guerra en igual medida que los aliados, aunque el sacrificio en vidas y en el tesoro había sido inmenso para ambos lados. Preguntó si la gente en los Estados Unidos seguía sintiendo más simpatía por Rusia que por los aliados, e hizo notar lo extraño de ver a la democracia y a la autocracia simpatizando de tal forma.<sup>25</sup> La conver-

<sup>25</sup> Aún no se conocían los resultados de la guerra librada por Inglaterra y Francia contra Rusia, de la que las primeras temían el apetito sobre el imperio otomano, y que había dado realmente inicio en septiembre de 1854, cuando los aliados desembarcaron en la península de Crimea. El conflicto se alargó por muchos meses y no concluyó sino hasta que, a principios de 1856, el zar Alejandro II y su gabinete admitieron que no podían ganar. La paz se firmó poco después en París; en ella se vinieron abajo las ambiciones y la influencia rusas en la región. Grenville, *Europa*, 1980, pp. 251-284. Respecto a Estados Unidos, la postura oficial era permanecer aparte de los asuntos del Viejo Mundo, de modo que durante la guerra de Crimea, más allá de las simpatías populares hacia el imperio ruso, explicables —en parte— por la suspicacia popular hacia Gran Bretaña, sólo hubo un incidente

sación pronto viró hacia México, y entonces habló de su carrera con alguna extensión. Entró al ejército español como cadete en 1810, a la edad de catorce años, y sirvió durante diez años, en el lapso en el que las fuerzas republicanas al mando de Guadalupe Victoria y Guerrero fueron por completo aplastadas. Había ascendido en rango y alcanzado algunas distinciones,<sup>26</sup> cuando en 1821 se sumó a la organización que proclamó el Plan de Iguala, cuyo propósito reconocido era deponer al gobierno colonial español y colocar a algún príncipe europeo en el trono independiente de México.<sup>27</sup>

El Plan se juró en la víspera de Navidad de 1821, e Iturbide se dirigió hacia el

occidente para pronunciarlo, mientras él marchó al sur para esparcir el eco.<sup>28</sup> El movimiento fue completamente exitoso, y se aniquiló en nueve meses a las fuerzas españolas, que sumaban 80 000 hombres. Hizo la afirmación de haberse unido a este movimiento por amor a su país y porque lo persuadieron sus amigos, quienes lo animaron a hacerlo diciéndole que se convertiría en el Washington de México, y que aseguraría la felicidad de su tierra natal. Cuando Iturbide se coronó, para sorpresa de muchos, sino es que de todos los que lo apoyaron, se desilusionó y consternó. Sus amigos volvieron a buscarlo, diciendo que él era la esperanza de México, e insistieron de nuevo en que fuera su Washington. Se desarrolló el plan de una

---

cuando el ministro inglés intentó alistar reclutas para el conflicto europeo. Es más, tuvo un beneficio insospechado: que Rusia desvió la atención puesta en Alaska y, a la postre, acabó por vender el territorio. Cohen, *Cambridge*, 1993, vol. 1, pp. 198, 203-205, y <<http://www.explorenorth.com/library/history/bl-bjones3-18b.htm>>.

<sup>26</sup> Tenía catorce años cuando, en junio de 1810, sentó plaza de caballero cadete en el primer batallón del regimiento de infantería fijo de Veracruz, a las órdenes del coronel Joaquín Arredondo y Muñiz y durante cinco años participó en la campaña de pacificación de las Provincias Internas de Oriente. Ascendido a teniente de granaderos en 1815, regresó al puerto como teniente; allí se lo designó comandante militar de los extramuros, a las órdenes de José García Dávila, gobernador militar de Veracruz, y logró que los grupos insurgentes de la región depusieran las armas. Se lo ascendió entonces a teniente coronel. Díaz, *Caudillos*, 1972, pp. 50-52; González, *País*, 1993, pp. 26 y ss., y López de Santa Anna, *Historia*, 1905, pp. 1-3.

<sup>27</sup> En efecto, Santa Anna secundó el Plan de Iguala a fines de abril de 1821 y se sumó al Ejército Trigarante. Mostraba así su habilidad para pulsar los hechos, y proceder según le convenía mejor. Díaz, *Caudillos*, 1972, p. 52.

<sup>28</sup> La fecha atribuida al Plan de Iguala está, por supuesto, equivocada, ya que se juró el 24 de febrero de 1821. En las Memorias, Santa Anna anota el dato con precisión; era, por lo demás, una fecha demasiado importante en su vida y la del país como para que la confundiese. El error puede atribuirse al periodista, quien —como vimos arriba— tuvo que recordar la conversación sostenida unas horas o acaso unos días antes, para escribirla. En lo que sí exagera el general mexicano es en el papel que se asigna en la revolución de independencia, igualándose con Agustín de Iturbide. De hecho, él se dejó convencer por José Joaquín de Herrera, el jefe insurgente a quien poco antes había combatido, y el objetivo de las batallas que libró fue adueñarse de los puertos del Golfo y complicar el paso a Veracruz. No conoció a Iturbide sino hasta el 12 de julio, en Puebla, dos días antes del desembarco de Juan O'Donojú, el último virrey de Nueva España, con quien se firmaron los tratados de Córdoba, que reconocieron la emancipación de México. A pesar de que el papel de Santa Anna fue menor en esta última etapa, la terminó con el ascenso a general brigadier y el mando del fuerte de Perote. Díaz, *Caudillos*, 1972, p. 52; Fuentes, *Santa*, 1956, p. 18; González, *País*, 1993, p. 83, y López de Santa Anna, *Historia*, 1905, pp. 3-9.

unión federal, y se decidió a dirigir las fuerzas de la nación para apoyarlo. “Era joven entonces —dijo— y el error que cometí fue de juventud, no de corazón.” Triunfó, y se hizo el intento de formar una confederación de estados a la manera de los Estados Unidos.

Pero —dijo— México se ha esforzado por imitar el sistema federal sin saber lo que es una federación, y el intento ha sido siempre en vano. Se abandonó el viejo sistema español, que era una especie de confederación de provincias que constituían el virreinato de Nueva España, y cada estado se empeñó en ser una soberanía independiente. Todo se trocó en *congresitos*,<sup>29</sup> y todos querían una posición y un sueldo y gastos de viaje y dinero.

Continuó diciendo que ésta había sido una de las principales causas de las dificultades y disputas en México. Se quería imitar a los Estados Unidos, sin reflexionar en lo que los Estados Unidos habían hecho. Allí, trece colonias separadas integraron una Unión federal para constituirse en una entidad, mientras que la unidad de México se destruyó para formar muchas naciones pequeñas. Las colonias americanas tendieron hacia un centro común, e hicieron fuerza, puesto que la unión hace la fuerza, mientras que las varias independencias de México se apartaron del centro común, y esto trajo división y debilidad. El resultado fue que, cuando un enemigo extranjero invadió México, y se esperaba que inclusive las mujeres ancianas y los niños pequeños se apresuraran a rechazar al enemigo, éste encontró que el sentimiento nacionalista se hallaba muerto. La gente de algunos estados dijo que esperaba a

que los yanquis llegaran a sus puertas para rechazarlos; otros mandaron al gobierno federal sólo una parte de su contingente de hombres y dinero, mientras que a muchos mexicanos se los encontró combatiendo en las filas americanas.

Así —dijo— México, un país que posee 8 000 000 de habitantes y con abundante riqueza y recursos materiales, fue conquistado, para reprobación y vergüenza propias. De tal manera es como el negro, Álvarez, alcanzó la notoriedad.<sup>30</sup>

Declaró que, cuando el país había resuelto lograr la paz a cualquier precio, y se negó a contribuir al sostenimiento de la guerra, él decidió abandonarlo, puesto que no firmaría paz alguna ni se quedaría a presenciar la degradación de México.<sup>31</sup> Lo

<sup>30</sup> Se refiere al general Juan Álvarez, por cuyas venas corría sangre negra. Con un dejo de superioridad, el ex dictador abunda en sus memorias que el militar sureño era de la “raza africana por parte de madre” y de “la clase ínfima del pueblo”. Menciona las “crueldades” con que Álvarez reforzó su dominio regional y lo define como un “hombre monstruo”. Respecto a su participación en la guerra contra Estados Unidos, al censurarlo en la entrevista pudo estar aludiendo a lo que, en su opinión, era un hecho “escandaloso”: tal parece que, en la batalla de Molino del Rey, cuando “el invasor sufrió un rudo golpe [...] pues en 20 minutos perdió más de 1 000 hombres, retirándose a Tacubaya”, aquél, “con 4 000 caballos, [...] situado en terreno escogido para maniobrar y con [...] enemigo de flanco a tiro de fusil, en desorden”, se mantuvo en cambio como “espectador montado en su mula”, en vez de atacar. López de Santa Anna, *Historia*, 1905, pp. 75, 101.

<sup>31</sup> Acaso defendía así su proceder durante la guerra con Estados Unidos. Luego de su sorprendente retroceso del campo de batalla de La Angostura frente al ejército del general Taylor, de su huida después de la derrota por las tropas del general Winfield Scott

<sup>29</sup> En español y cursivas en el original.

animaba el mismo espíritu que animó a los antiguos cartagineses, quienes ante el altar de los dioses juraron por sus hijos una enemistad eterna hacia Roma.

Los Estados Unidos son la Roma de la antigüedad y la Rusia de la modernidad. Son los enemigos de nuestro país, nuestra religión y nuestra raza, y se tragarán y comerán a nuestros ciudadanos, como ya lo hicieron en California y Nuevo México. Estas provincias las obtuvieron a través de una llamada cesión pacífica, pero fue una cesión pacífica con un rifle apuntando a nuestros pechos. Es como si un hombre corpulento a un lado del camino dirigiera una escopeta al viajero distraído y desarmado, pidiéndole una limosna por el amor de Dios.

No sólo los odio, los aborrezco como nación —dijo—, y toda mi vida atestigüa este sentimiento. No hablo de los americanos como individuos, hasta donde sé no tengo ningún enemigo personal que sea americano, al contrario, tengo una excelente opinión de muchos americanos que conozco, y cuando estuve en los Estados Unidos recibí muchas —de verdad, muchas— atenciones personales. Fui bien acogido en todos lados; el general Jackson me ofreció un banquete en la Casa

---

en Cerro Gordo y del fracaso de su estrategia para defender la ciudad de México, dominada el 14 de septiembre de 1847, Santa Anna renunció a la presidencia de la república. En las semanas que siguieron hizo algunas maniobras en Puebla, a fin —relató años más tarde— de cortar la comunicación entre la capital y el puerto de Veracruz. Fue inútil; cuando el gobierno establecido en Querétaro le transmitió el clamor general por la paz y lo depuso del mando de sus tropas, él lloró la desgracia de su patria, “traicionada a cada momento”, y quiso alejarse; desde Tehuacán pidió pasaporte para ausentarse y partió rumbo a Jamaica el 5 de abril de 1848. Díaz, *Caudillos*, 1972, pp. 199, 203-216, y López de Santa Anna, *Historia*, pp. 87-95.

Blanca; muchos ciudadanos notables me invitaron a sus hogares; organismos públicos me rindieron honores en varios lugares y un barco del gobierno me transportó de Norfolk a México.<sup>32</sup> Pero el espíritu que alienta, y la política que guía al pueblo americano es antagónica a mi propio país, y no puedo brindar al enemigo de éste cualquier otro sentimiento que el que nace del amor por mi tierra natal. Así lo manifesté a mi regreso a México, después de la paz. Encontré dinero americano circulando por todos lados. Alrededor de 2 500 000 dólares, que fueron dejados por el ejército, circulaban entre la población, corrompiendo a nuestros jóvenes y familiarizándolos con la visión del águila americana. Mi primer decreto fue para sacarla del país y lo hice.<sup>33</sup> No quiero nada de ellos, ni de sus principios, ni siquiera su dinero.

La conversación pronto se generalizó, y declaró que ya no tenía nada que ver con los asuntos públicos y que había cerrado su carrera como hombre público. Poco después nos retiramos.

<sup>32</sup> Alude a que, después de la derrota de San Jacinto por las tropas de Samuel Houston y de firmar los tratados de Velasco, los texanos lo tuvieron prisionero en condiciones muy difíciles hasta que Houston, quien había tenido que viajar a Nueva Orleans, estuvo de regreso, lo puso en libertad y le recomendó visitar al presidente Andrew Jackson. Así lo hizo. Jackson lo atendió bien, y puso a su disposición la corbeta de guerra Pioneer para que regresara a México. Fuentes, *Santa*, 1956, pp. 167-168, 182-183, y López de Santa Anna, *Historia*, 1905, pp. 40-41.

<sup>33</sup> No es claro a qué se refiere Santa Anna: si al dinero que el ejército estadounidense pudo gastar en México durante la ocupación, o a los 15 000 000 de pesos que Estados Unidos entregó como indemnización por los territorios adquiridos a raíz de su victoria militar.

En Turbaco se me dijo que él está haciendo mucho bien, estimulando la industria de la gente y prestándole pequeñas sumas de dinero para comprar mercancías, iniciar nuevos plantíos o mejorar los que existen. Está empeñado en conseguir que se construya un camino de peaje del pueblo a la ciudad de Cartagena, y se dice que ha ofrecido contribuir con 40 000<sup>34</sup> para la obra –dos tercios del costo estimado. Omití mencionar que, durante la entrevista, afirmó que a menudo se le ha preguntado por qué no se fue a residir a los Estados Unidos: “Pero –dijo– no sólo no residiré entre ellos, sino tampoco en donde se encuentren, y si vinieran aquí, me iría más lejos.”

Por mi parte, me temo que el “yanqui universal” será un hombre del que en esta época será difícil de huir.<sup>35</sup> De hecho está aquí, porque varios capitalistas neoyorquinos ya han comenzado la obra de reabrir el canal de Cartagena, pisándole los talones, y están haciendo navegar sus barcos de vapor por el río Magdalena, adelantándosele, con auspicios más favorables y abundantes utilidades para su empresa. El negocio es demasiado grande y bien remunerado como para que falle.

Al dejar a Santa Anna, montamos a caballo y cabalgamos unas cuantas millas hasta Arjona, donde pasamos la noche.

Amigo

<sup>34</sup> Si bien “Amigo” no lo aclara, la suma a la que se refiere debe de ser en pesos, puesto que era Santa Anna quien los había ofrecido.

<sup>35</sup> El periodista refleja el concepto prevaleciente por ese entonces en Estados Unidos, y parte de la ideología del Destino Manifiesto, en el sentido de que el hombre blanco, sobre todo el allí nacido, tenía la misión de hacer mejor al mundo. Esto explicaba, en parte, por qué sus compatriotas estaban invirtiendo en otras tierras. Horsman, *Raza*, 1985, pp. 193-195.

## FUENTES

-Cohen, Warren I. (ed.), *The Cambridge History of English and American Literature: An Encyclopedia in Eighteen Volumes*, Bartleby.com, Nueva York, 2000, 18 vols.

-Costeloe, Michael P., *La república central en México, 1835-1846. “Hombres de bien” en la época de Santa Anna*, FCE, México, 2000.

-Díaz Díaz, Fernando, *Caudillos y caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez*, COLMEX, México, 1972.

-Fuentes Mares, José, *Santa Anna. Aurora y ocaso de un comediante*, Jus, México, 1956.

-González Pedrero, Enrique, *País de un solo hombre: el México de Santa Anna*, vol. 1, *La ronda de los contrarios*, FCE, México, 1993.

Grenville, J. A. S., *La Europa remodelada 1848-1878*, Siglo XXI Editores, México, 1980.

-Horsman, Reginald, *La raza y el Destino Manifiesto. Orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*, FCE, México, 1985.

-Lee, James Melvin, *History of American Journalism*, The Garden City Publishing Co., Nueva York, 1923.

-López de Santa Anna, Antonio, *Mi historia militar y política 1810-1874. Memorias inéditas*, Librería de la Vda. De Ch. Bouret, México, 1905.

-Melo, Jorge Orlando (dir.), *Gran enciclopedia de Colombia*, Círculo de Lectores, Bogotá, 1991-1994, 11 vols.

-*Nueva historia de Colombia* NHC, Planeta, Bogotá, 1989, 8 vols.

-Prieto, Guillermo, *Crónicas de viajes 3. Viaje a los Estados Unidos*, CONACULTA, México, 1993. vol. 1.

Stoker, Bram, *Drácula*, Cátedra, Madrid, 2003.